

BOLIVIA: CRÓNICA DE UNA HISTORIA ANUNCIADA

Gabriela Camacho

Alumna de la Especialidad de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales PUCP

Hay un comentario recurrente que recuerdo de mi infancia: «A Bolivia no le puede ir peor. Siempre que parece que nos vamos a desbarrancar, salimos adelante». La afirmación, cuando yo era niña, siempre me sonó de lo más mágica: Bolivia, una suerte de país con vida propia, independiente de sus moradores, salía adelante de maneras inexplicables e inentendibles para mí o para cualquiera.

Cuando la democracia boliviana cumplía 19 años y los cambios distaban de ser tangibles, me empecé a preguntar por la veracidad de la afirmación y por la magia de mi país. Dos años después, cuando Gonzalo Sánchez de Lozada se iba entre gritos que pedían su cabeza, obtuve mi respuesta, y es que la afirmación nunca fue cierta. Bolivia no era mágica ni saldría adelante por sí sola, pero además el creerlo constituía gran parte del problema.

Un problema cuyas raíces se pueden encontrar en una historia escrita antes que vivida, una historia que permanentemente nos llevó la delantera. El gobierno siempre terminaba dictando lo que en la realidad ya era un hecho, y las decisiones se convertían siempre en imposiciones; ergo, más parecía que sucedieran por arte de magia que porque alguien las tomaba. Nuestra reforma agraria, por ejemplo, solo puso en el papel lo que llevaba años sucediendo: los campesinos habían tomado las tierras.

Nada lo ejemplifica mejor que la última semana del régimen de Sánchez de Lozada, un gobierno que nunca

Cuando Sánchez de Lozada decide renunciar el viernes a través de una carta, fue así porque la gente ya no pedía su renuncia, pedía su cabeza.

tuvo muy en claro qué quería y mucho menos cómo lograrlo, tanto así que cuando llegó al poder no tenía un plan de gobierno. Cuando el viernes de aquel octubre negro, hace ya tres años, la gente que todavía no se había manifestado en las calles salió a bloquearlas pidiendo un referéndum, poco hubiera

importado si se lo llamaba consultivo o vinculante; y si

bien no hubiera arreglado la gestión de Sánchez de Lozada, probablemente le habría permitido ganar uno o dos meses de oxígeno. Más de veinte sectores distintos estaban ya movilizados por el tema del gas y el presidente no se había dado por enterado. En medio de la conmoción, diversos sectores apelaban también a muy diversas soluciones: los cívicos cruceños, a una refundación de Bolivia; y Felipe Quispe, a la creación del Kollasuyo.¹ La solución del ministro de Defensa: disparar.

El fin de semana la situación se salió por completo de control, y cuando llegó el lunes, ya nadie quería un referéndum ni soluciones que incluyeran a esos gobernantes: querían su renuncia. Cuando ese mismo día Sánchez de Lozada sale a hablar y promete un referéndum consultivo, la posibilidad de tomar la decisión de convocar a esta consulta y de decidir de qué tipo iba a ser esta ya le había sido arrancada de las manos: la historia se le imponía. Los días que siguieron no fueron diferentes. El viernes, cuando Sánchez de Lozada decide renunciar a través de una carta, lo hace porque la población ya no pedía su renuncia sino su cabeza.

En una semana, repetimos una y otra vez nuestra historia, en la cual la indecisión de unos cuantos llevó a la imposición de muchos. En una semana, esa falta de comprensión por parte del gobierno de que «guerra aviadada no mata gente» dejó un saldo de sesenta muertos. Era un pueblo que poco a poco dejaba de creer en la representación y creía un poco más en la imposición. Y por desgracia, no se trataba de un pueblo cohesionado internamente, sino de uno cuyos distintos grupos planteaban intereses muy diversos.

Años de frustraciones y falsas esperanzas llevaron a que la gente dejara de creer que alguien más es capaz de representar sus intereses, y no hay ningún factor más fuerte que ese para resquebrajar una democracia.

A partir de los años 1980, Bolivia fue el conejillo de Indias —y uno muy fiel— de todo experimento político o económico que Occidente realizó con el fin de sacar

1 *La Prensa*, especial octubre. La Paz, 15 de octubre de 2006.

adelante a los países del Tercer Mundo, hacia la democracia y el desarrollo. Jeffrey Sachs llegó personalmente a salvar a Bolivia del déficit en el que se encontraba, y este siguió después de haberse todo aquello que prescribía el Fondo Monetario Internacional.

Lo mismo se experimentó en el ámbito político: se propuso que en el Parlamento se llevara a cabo la segunda vuelta para forzar una mayor alianza y un mayor consenso entre partidos.

Y ni las reformas económicas, ni Víctor Hugo Cárdenas, ni una segunda vuelta en el congreso, significaron cambios verdaderos ni mejoras reales en las condiciones de vida

Tuvimos también a un vicepresidente indígena, Víctor Hugo Cárdenas, puesto ahí para apaciguar a las masas más que para tomar decisiones. Y ni las reformas económicas ni Víctor Hugo Cárdenas ni una segunda vuelta en el congreso significaron cambios verdaderos ni mejoras reales en las condiciones de vida de la ma-

yor parte de la población. Todo esto estuvo tristemente llevado de la mano de seguir políticas norteamericanas de erradicación de la coca que no sirvieron más que para alienar aún más a quienes ya sufrían las consecuencias de que el país no mejorara.

Poco a poco, plan fallido más plan fallido, año tras año de estar «al borde del abismo», se sumaron en las mentes de quienes veían que la situación no solo no iba a mejorar para ellos, sino que tampoco iba a mejorar para sus hijos. El gas era más chivo expiatorio que verdadero culpable del conflicto. La gente no sentía que sus demandas estuvieran siendo oídas, y eso se tornó patente cuando se vio que meses de protestas sobre el gas no parecían causar ningún tipo de reacción por parte del gobierno.

Cuando la situación se volvió intolerable en 2003 y fallamos en ver nuestros propios errores, solo pudimos encontrar un culpable: la Constitución. Eran las reglas de juego las que nos habían impedido avanzar, y era necesario cambiarlas si queríamos salir adelante. De alguna manera, se prestaba como una solución apta para diversos grupos: «Si las cosas no funcionan bien ahora debido a las reglas, una vez que se haga la constituyente las reformaré para que me favorezcan».

Carlos Meza tampoco pudo ver la magnitud del problema y después de un periodo en el que no hizo nada más

que decirle sí a todo el que pidiera algo —incluyendo a quienes querían una constituyente y a quienes no— y de tres renuncias —que, seguramente, lo harán entrar en el récord Guinness—, la última no se le perdonó. Lo que Meza pensó que iba a ser una renuncia más sin renunciar realmente, se le volteó con rapidez. El legado que además dejó fue una serie de grupos de intereses encontrados a todos los cuales había dicho que sí a pesar de que pedían asuntos incompatibles.

Cuando Evo Morales salió elegido como presidente, la situación venía deteriorándose a una velocidad impactante. Evo no supo leer lo que estaba pasando: cuando en las elecciones 54% de la población votó por él, 54% de la población no votó por Felipe Quispe, el candidato «indígena» verdaderamente radical que quería la separación del Kollasuyo. Una población altamente politizada, que había experimentado el cambio de cinco presidentes distintos en menos de diez años, difícilmente le daría un respiro. Para bien o para mal, sus movimientos fueron seguidos muy de cerca, y al primer intento de radicalizar su discurso, empezó a perder puntos. Ahora, pierde aproximadamente dos por semana y no parece que el descenso vaya a detenerse. Según Apoyo, en agosto tenía 61% de aprobación frente a 52% en septiembre.

El verdadero problema no es si se queda o no como presidente sino el legado que deja: un pueblo convencido de que la representación no funciona y de que, si quieres algo, necesitas pelear tú por ello. Un ejemplo claro lo deja la huelga de transportistas en la ciudad de La Paz hace un par de semanas. Empezó como un paro en contra de una medida de la alcaldía paceña de cambiar las rutas de circulación del transporte público, y cuando lograron su cometido de sentarse a negociar, el tema ya había pasado a segundo plano. Las demandas eran otras, y la idea subyacente consistía en lograr sentarse cara a cara con el gobierno para plantearse las, porque la percepción es que ningún canal político convencional puede funcionar.

Movimientos sin tierra, movimientos sin casa, cooperativistas, transportistas, cocaleros, mineros asalariados,

Y el verdadero problema no es si se queda o no como presidente sino el legado que deja, un pueblo convencido de que la representación no funciona y que si quieres algo necesitas pelear tú por ello.

la Central Obrera Boliviana (COB), empresarios, cam-
bas, collas: ya nadie busca el consenso ni a una persona
capaz de representar sus intereses a la vez que los de
otros, porque la historia los ha hecho escépticos frente
al tema. Hugo Banzer subió a la presidencia con una
idea en mente: limpiar de su nombre el calificativo de
dictador. Túto Quiroga lo sucedió y tomó decisiones con
la mira de lanzarse en las elecciones del 2008, sin pensar
en las necesidades que tenía el país en ese momento.
Sánchez de Lozada buscaba reivindicarse frente a lo que
el pueblo consideraba unas pésimas privatizaciones. Y
Meza, simplemente, quería mantener a todos contentos
sin tener que decidir nada. Morales se perfilaba como
un cambio fuerte, pero su agenda ahora ha resultado
ser de reivindicación étnica y su capacidad de controlar
el país es francamente imperceptible.

Y ahora, el consenso, la representación, el simple y lla-
namente ceder han dejado de ser opciones para la po-
blación. El país se ha visto sumido en una guerra campal
de intereses encontrados y de personas dispuestas a lu-
char por ellos, personas que, además, no perciben que
se pueda dar un resultado «win-win» por el momento.
Y la pregunta no es si alguien tiene razón, porque segu-
ramente todos la tienen en cierto grado. La pregunta
que permanece es si el gobierno va a poder hacer algo o
si, una vez más, la historia se impondrá a la fuerza sobre
este y de qué manera lo hará esta vez. Pero más pre-
ocupante aún es si Sudamérica va a hacer algo sobre el
tema o si continuará con su silencio, dejando que Bolivia
se le imponga con una secesión, una guerra civil o una
total anarquía interna. ■

ESTADOS UNIDOS Y SUS DESEQUILIBRIOS EXTERNOS: ¿RIESGO POTENCIAL PARA EL ORDEN ECONÓMICO MUNDIAL?

Víctor Miranda

Alumno de la Especialidad de Economía de la Facultad de Ciencias Sociales PUCP

La economía de Estados Unidos se apresta a finalizar el
presente año caracterizada por:

1. Una desaceleración de su tasa de crecimiento, in-
fluenciada por el alto precio del petróleo registrado
durante la primera parte del año; una disminución
en el ritmo de crecimiento del sector inmobiliario,
lo cual ha afectado la capacidad adquisitiva de una
parte de la población reduciendo su consumo; y los
efectos de una política monetaria contractiva apli-
cada por la Federal Reserve (FED) desde junio de
2004.
2. Presiones inflacionarias tanto en el indicador sub-
yacente como no subyacente de la inflación. Ante
este factor y el enfriamiento del nivel de actividad,
la FED se ha visto en la necesidad de evaluar si es
necesario aumentar su tasa de interés —con lo cual
se controla la inflación pero se deprime el nivel de
actividad— o, por otro lado, mantenerla inalterada
—con lo que no se influye negativamente sobre el
nivel de actividad pero podrían quedar tal cual las
3. Un pronunciado desequilibrio en su sector exter-
no, recogido principalmente por el déficit en cuen-
ta corriente de la balanza de pagos, el cual, en la
actualidad, se encuentra en niveles históricamente
altos. La balanza de cuenta corriente registra las
transacciones de bienes, servicios, rentas y transfe-
rencias corrientes entre residentes y no residentes
de una economía. El año pasado, llegó a alcanzar US
\$ 791.5 mil millones de dólares o 6,4% del PBI esta-
dounidense.

Es precisamente este último punto el que ha merecido
profunda reflexión por parte de economistas y organis-
mos multilaterales como el Fondo Monetario Interna-
cional (FMI), debido a la importancia que conlleva para
el resto de la economía mundial. Dado que el sistema
financiero internacional se encuentra sumamente inter-
conectado por el creciente proceso de globalización